

nosotros: la muerte debia ensañarse en los defensores de Veracruz, sin que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ocultan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noche trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio para los Hornos.

Llegó entónces por la mar, via de la Antigua, D. José María Mata, con libranzas que remitía el gobernador del Estado, que desde las orillas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgracias crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólvora que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios artilleros: el edificio vuela por el incendio de tres quintales de pólvora, y mas de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen su esplosion, despedazando á los trabajadores, de entre los cuales solo escapa un sargento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la esplosion de otra bomba, y en el hospital de mugeres otras diez y siete perecen por la misma causa.

A las siete de la mañana del dia 25 dos vapores y siete cañoneras se acoderaron detras del alto de los Hornos, y desde allí dirigian granadas y balas de á sesenta y ocho y treinta y seis; pero la plaza y Ulúa los desalojaron á las nueve, con sus certeros fuegos, que lastimaron gravemente uno de los vapores. Este dia ha sido horrible: un número inmenso de balas se cruzaban en todas direcciones; y á cada momento hacia su esplosion una bomba, sembrando la muerte por todos lados. Los fuegos del enemigo bañaban la plazuela de la Caleta, la Pastora y el baluarte San Juan. Un violento norte aumentaba el horror y la solemnidad sangrienta y terrible de esta escena.—El peligro y las pérdidas por nuestra parte se multiplican. Una bala perfora una pared de vara y media de espesor en la iglesia de San Agustin, y va á morir sobre las blindas del parque general que se halla en este punto. El baluarte Santa Bárbara, un lienzo del cuartel del 2.º y la bóveda del de caballería, amenazan desplomarse. En el muelle, en Ulúa, en la obra exterior, en Santa Bárbara y en la línea hasta Santa Gertrudis, han recibido la muerte muchos hombres, artilleros y soldados del activo de Oajaca.

Las desgracias en la poblacion son numerosas, y no queda ya un

lugar seguro. A la una de la mañana algunas mugeres vagaban pidiendo asilo para varios niños que quedaban huérfanos, arrebatándoles las bombas á sus padres. En la capilla de la Divina Pastora solo una bala habia penetrado, y el comandante del punto aloja allí á los desgraciados huérfanos. Los niños lloraban pidiendo pan. El soldado no tomaba aun á esa hora el rancho, que no se habia preparado á causa del fuego, y que consistia solamente en arroz, frijoles, y alguna vez bacalao. Y los niños lloraban, lloraban pidiendo su pan, que no podia dárselos. Un veterano del 8.º regimiento se acerca á ellos entónces; saca una galleta de su chacó, diciendo: "Hoy me la han regalado, y la guardaba para comerla con mi rancho; pero quiero mejor que la coman los niños." El comandante del punto alargó una moneda al soldado, y éste la rehusó: "Mi gefe, le dijo, yo tengo hijos en mi tierra, y me alegraré si alguno les da pan si lloran." Sentimos no enriquecer nuestras memorias con el nombre de este veterano.

El norte continuaba soplando: á la luz de la luna se observaban algunos buques perdidos en la playa de Vergara, y un gran movimiento de linternas en esa direccion.

El parque escasea en la plaza, y se construyen cartuchos con brines sacados de los depósitos de los cuerpos de infantería, cuya devolucion garantiza el ayuntamiento.

Durante toda la noche el fuego ha sido continuo, y sigue lo mismo el dia 26. Es un espectáculo terrible el que presenta Veracruz en estos momentos: padres de familia que han perdido sus casas, su fortuna, sus hijos; niños desgraciados que no tienen ya padres; algunos heridos abandonados, sin alimento, hasta sin curacion á veces, porque el hospital es el blanco de los proyectiles enemigos; otros, arrastrándose por las calles, macilentos y ensangrentados, en busca de los auxilios de que carecen. El pueblo, pobre, hambriento, porque come con la guarnicion de los víveres acopiados por el ayuntamiento, y éstos son ya muy escasos: tal es el espectáculo que presenta Veracruz. Y la falta de parque, que ha tenido que pedirse á Ulúa, y la imposibilidad de reponer multitud de cureñas rotas y de cañones fuera de combate, vienen á completar este cuadro de devastacion.

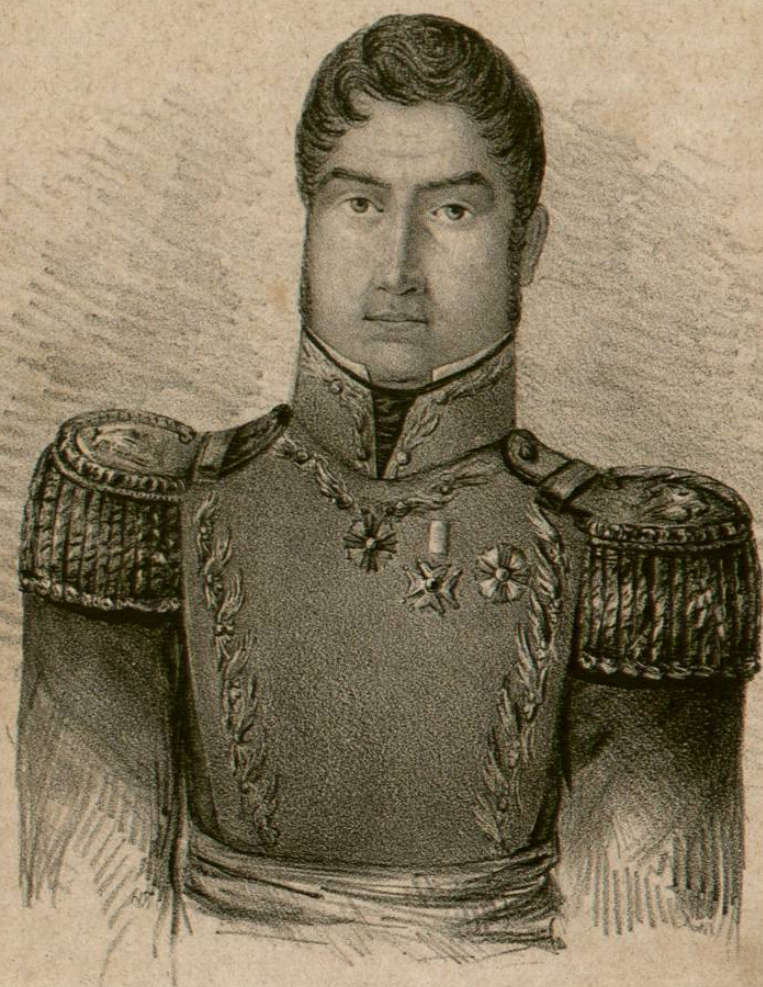
Los cónsules extranjeros solicitan permiso para salir á pedir al enemigo garantías para sus compatriotas. En la tarde la plaza toca "al-

to el fuego." Una comision de extranjeros sale bajo bandera francesa á pedir proteccion á los buques de guerra de sus naciones, y regresa, despues del peligro que ha corrido con el norte, y de que el comodoro Perry quiso hacerles fuego. Se oyó tambien alguno de fusilería por los Médanos, y se corrió la voz de que venian auxilios. Las mugeres vagan indagando si han salido los cónsules. Todos estos sucesos comienzan á producir la desmoralizacion: los matriculados, que sirven la artillería en el baluarte Concepcion, quieren marcharse en busca de sus familias, y los soldados tienen iguales pretensiones.

Llega la noche: el fuego continúa suspenso; y á las sensaciones de ese terror sublime del peligro, y al entusiasmo mismo, sucede esa ansiedad y esa reflexion con todos sus cálculos, que se hace sentir en los momentos en que, pasado un riesgo, se espera otro nuevo, sin poder medir su magnitud. Las circunstancias son á cada instante mas graves. El comandante general pide su opinion á algunos gefes de cuerpo, respecto de una salida para abandonar la plaza y abrirse paso por entre la línea enemiga, y manda que se explore sobre este punto la opinion de la tropa. Los guardias nacionales representan que sus familias han quedado en la plaza por acompañarlos en el peligro; pero protestan que están dispuestos á salir en el momento que se les mande. En la tropa permanente se notan algunos síntomas de desmoralizacion, y se escuchan quejas sobre la falta puntual de alimento. La Guardia de Orizava, granaderos de Oajaca, y otros gefes y oficiales de la de Veracruz se decidieron, temiendo una capitulacion, á marcharse y correr la suerte de atacar la línea enemiga. Pero el comandante general ocurre á impedirlo, proclamando la union de todos los defensores de Veracruz, para esperar lo que aconteciere.

A la media noche se reunió una junta de guerra, en la cual hizo dimision del mando el general Morales, encargándose de él el general Landero. Este hecho parecia que presagiaba alguna desgracia.

El nuevo gefe de la plaza se encargaba del mando en circunstancias bien difíciles: la situacion de Veracruz era cada instante mas crítica: los víveres, las municiones, los recursos de toda clase escaseaban por momentos; y se aproximaba ya el término de una defensa tan esforzada como poco favorecida de la fortuna.



GENERAL LEON.

Las horribles escenas de desolacion que se han sucedido en estos dias, y que se presentan bajo mil aspectos diferentes, han causado un profundo terror en la parte inerme de la poblacion, que busca por todas partes en donde refugiarse. Lo material de la ciudad causa espanto: desde la puerta de la Merced hasta la parroquia no hay una sola casa que no haya sufrido, y la mayor parte de ellas están derumbadas, y las calles intransitables por los escombros. De la parroquia para la *Caleta*, aunque no en este grado, todas las casas están deterioradas. Ni hay alumbrado, ni se puede transitar por las aceras, por temor de que se desplomen los balcones. Las bodegas de algunas casas de comercio están ocupadas por familias, cuyas habitaciones han sido arruinadas; y la del señor cónsul de España, D. Telésforo Gonzalez de Escalante, se halla llena de ancianos, mugeres y niños, á quienes dió asilo, llevando su generosidad hasta el grado de prepararles alimentos. Séanos lícito consagrarle en estas líneas un testimonio de gratitud por su noble conducta.

Antes que amaneciese el 27, los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y Ciudades Anseáticas, y el alcalde segundo del ayuntamiento, salieron para el campo enemigo á solicitar el permiso de salir para los neutrales, y para los ancianos, los niños y las mugeres, de las cuales un gran número esperaban el resultado de este paso, en la casa del cónsul de España. La comision regresó, manifestando que el general Scott, sin darle audiencia, le hizo saber por medio de un ayudante, que no permitiría la salida á nadie, mientras la plaza no se rindiese, puesto que se habia advertido á los neutrales de la suerte que correrian en el bombardeo (lo cual es falso) y que haria fuego sobre cualquiera que intentase salir. ¡Bárbaro medio de contrariar la heróica resolucion de los defensores de Veracruz, de morir bajo sus ruinas ántes que ceder al enemigo!

Esta noticia, á la que se agrega que si á las seis de la mañana no se ha rendido á discrecion la plaza, romperán el fuego las baterías que ya existian y otras nuevas, difunde el terror y lo lleva hasta su último grado. Se veian entónces grupos de señoras de todas clases que, cargando pequeños lios de ropa, recorrian las calles, despavoridas y sin aliento: su angustia se retrataba en el rostro; reinaba ese pavor que nace de la contemplacion del peligro pasado, cuando se es-

pera otro nuevo. La madre llevando á sus tiernos hijos, los arrastraba, buscando un asilo seguro, que la triste realidad le negaba; la jóven, guiando los pasos del trémulo anciano, alzaba al cielo sus ojos llenos de lágrimas, implorando un refugio para salvar al autor de sus días; el niño, aterrorizado con el espanto de su madre, la seguía apenas en su carrera. El peligro con todos sus horrores; esa muerte segura y sin defensa, engalanada con sus arreos de sangre, era el triste porvenir de una poblacion inerme. En medio de esta agonía pavorosa la hora fatal se acercaba; y esa multitud aterrorizada no tenia más que una pregunta, un pensamiento solo, porque el reloj de la ciudad ha sido destruido por las bombas, y todos desean saber si son ya las seis.—De entre los neutrales, los unos participaban de este terror, y los otros, desesperados, se presentaban en los puntos fortificados para morir matando. Esa horrible sensacion de inquietud que precede á los momentos supremos, se habia apoderado de todos.

En estos instantes de agonía se corre la voz de que los cónsules extranjeros se atreven á salir á la cabeza de sus compatriotas y bajo el pabellon de sus naciones; que el alcalde segundo conduciria á los ancianos, á las mugeres y á los niños, resolviéndose todos á sufrir el fuego con que se les ha amenazado. Las mugeres acogen con el entusiasmo de la desesperacion esta idea, que les ofrece el medio de hacer cesar ese martirio lento y prolongado que sufren; todas abandonan sus casas; apenas se proveen de lo necesario para salir; y llevando en los brazos á sus hijos, se dirigen á las líneas en busca de sus deudos. Allí, entre sollozos convulsivos, la anciana madre besa la frente de su hijo por la última vez; la tierna vírgen recibe la bendicion de su padre, como al borde del sepulcro; y la esposa y la hermana estrechando en sus brazos al guerrero, se despiden de él para la eternidad. Y esos soldados, que no han temblado al estruendo pavoroso de los proyectiles enemigos; esos valientes, que han visto sin inmutarse, caer mutilados y moribundos á sus compañeros; que han comido su escaso rancho á la luz de los incendios que devastaban sus fortunas, tranquilos y serenos, consagrados únicamente á la patria, sienten tambien rodar una lágrima por su mejilla; pero no vacilan, y en el estremecimiento de su dolor, al estrechar contra el seno á la tierna esposa, al recibir la bendicion delirante de una anciana madre,

solo claman: “Venganza, Dios mio, venganza.” Venganza, es la única voz que se escucha en las líneas.

Para evitar la repeticion de estas escenas, que desgarran el corazon, fué preciso poner centinelas en algunos puntos. La poblacion vagaba indagando cuál seria la puerta de salida. Las casas de los cónsules estaban sitiadas, y el comandante general perseguido por multitud de señoras y de neutrales, que le pedian que pusiese un término á la calamidad general. Se le hacia presente para obligarle, que el enemigo no necesitaba perder ni un hombre para rendir la plaza, porque sus proyectiles destruirian la ciudad, y que para ello habia establecido una nueva batería con setenta piezas, que no dejaban concebir la mas ligera esperanza.

Parece que una cruel fatalidad presidia en esta campaña los destinos de México, y que los mas nobles esfuerzos y sacrificios de algunos de sus hijos debian ser coronados por el infortunio. Esto aconteció en la plaza de Veracruz, que se vió obligada á sucumbir al enemigo. El 25 de Marzo habia sido un dia terrible para la ciudad, que jamas lo olvidará, y en el cual el ejército de los Estados-Unidos habia hecho gala, si se nos permite esta espresion, de todo su poder, y en la plaza se habia sentido toda la amargura de la posicion con una escasez suma de municiones de boca y de guerra. Así es que de este dia datan las negociaciones entabladas con el enemigo. Creemos oportuno para esplicarlas, copiar aquí las palabras del comandante de ingenieros D. Manuel Robles, cuyo valor y pericia dan mucha importancia á su opinion, y que fué uno de los comisionados mexicanos en union de los señores coroneles D. Pedro de Herrera y D. José Gutierrez de Villanueva.

“En la noche del 25 al 26, dice el Sr. Robles, en una junta de gefes se acordó capitular, sin que yo tuviese conocimiento ni de la junta ni de su acuerdo, hasta la madrugada, cuando ya se habia dirigido una comunicacion al general en jefe enemigo, proponiéndole la reunion de comisionados para acordar los términos de la capitulacion. Inmediatamente hice una protesta por escrito, por no haberse oido al comandante de ingenieros, conforme previene terminantemente la Ordenanza, y manifesté mi opinion en contra de la capitulacion. Esto no fué porque creyese infundadas las razones que se habian tenido

presentes para la junta, al considerar que no era posible continuar la resistencia, ni tampoco porque me pareciese fácil que la guarnición rompiera la línea enemiga como yo había propuesto, ni falta de fundamento y de justicia el temor que se había manifestado de que en este caso quedaria entregada á discreción del enemigo la población que tan heroicamente había contribuido á la defensa. Pero siendo el ataque de Veracruz la primera operación de la campaña en este rumbo, creía conveniente que la resistencia se llevara mas allá de lo que previenen las leyes de la guerra en circunstancias ordinarias, para despertar con este ejemplo el entusiasmo nacional.”

“En una nueva junta, que se celebró al saberse que el general enemigo aceptaba la reunión de comisionados que se le había propuesto, la guarnición me nombró por uno de los suyos, honor que no pude rehusar, y se comenzaron las negociaciones. El 26 los comisionados vieron claramente que el enemigo estaba resuelto á no conceder otras condiciones, que las que los usos de la guerra no le permitían negar, y rompieron la negociación; pero obligados á entablarla de nuevo el 27, no pudieron ya, conforme á sus instrucciones, dejar de aceptar lo que se les ofrecía. Sin embargo, obtuvieron cuanto en circunstancias semejantes suele concederse, y además que quedasen exceptuados de la capitulación cuarenta y ocho gefes que serían electos por la guarnición, y muchos de los cuales han prestado después muy buenos servicios. Los comisionados nunca pudieron imaginar que la condición de que los oficiales y tropa prisioneros, en lugar de quedar en poder del enemigo, quedasen en libertad, dando su *palabra de no tomar las armas hasta ser debidamente cangeados*, se tomase como un vergonzoso juramento de no servir á su país. En las historias de las guerras europeas de este siglo se habían visto muchos ejemplos de capitulaciones de plazas con esta misma condición, considerada siempre como una concesión, y mas aun en que esta gracia era solo acordada á los oficiales, quedando la tropa prisionera; y lo mismo se quiso exigir en Veracruz, costando no poco trabajo á la comisión obtener la libertad de los soldados.”

Estas negociaciones dieron por resultado la capitulación que se acordó el 27, y el general Landero, en junta de guerra que se verificó en la madrugada de este día, atendiendo á que no había para que mas

que para tres horas de fuego; á que no había mas víveres que los acopiados por el ayuntamiento, de los cuales participaba la población, y á otras varias razones, se vió obligado, por fin, á poner un término á esta lucha tan desventajosa para nosotros; y esto, que por una parte calmaba la ansiedad pública, escitó por la otra el disgusto militar. La Guardia Nacional de Veracruz, que, al mando de D. Manuel G. Zamora, formaba una parte de la reserva, declara que no capitula; lo mismo se escucha en las líneas, y comienzan á notarse síntomas de una revolución. Sin embargo, la funesta verdad de los fundamentos de la capitulación triunfa de este disgusto, y calma los ánimos.—El general Morales que, ídolo de Veracruz, había unido su gloria con la gloria de esta plaza, se marchó con el mayor de la Guardia Nacional en una lancha, por no capitular.

Todo había acabado para Veracruz. Esos valientes veteranos y nacionales, que tanto sufrieron, que tanto sacrificaron, que fueron diezmados por los proyectiles enemigos, sin tener siquiera la ocasión de vengar la sangre de sus hermanos, debían entregar sus armas á un enemigo, á quien la superioridad de sus elementos de guerra y el delirio de la capital habían dado la victoria. Y esa población desgraciada, que había sufrido un bombardeo que, relativamente hablando, no tiene ejemplo en el mundo; esa población inerme, que había visto perecer á centenares de víctimas inocentes é indefensas entre los escombros de las ruinas, y desaparecer entre las llamas de los incendios su fortuna y el porvenir de sus hijos, debía también apurar el cáliz de la desgracia, viendo á un enemigo tan afortunado como sanguinario y desapiadado, pisar orgulloso las calles de la heroica ciudad, cuya pérdida se estima de cinco ó seis millones de pesos.

Todo ha acabado para Veracruz. En vano de cuatrocientos á quinientos de sus habitantes han perecido; en vano seiscientos ó mas guerreros derramaron su sangre, perdiendo cuatrocientos de ellos. ¡Las tumbas de estos valientes serán holladas por el vencedor! En vano la ciudad ha sufrido los estragos de seis mil setecientos proyectiles con peso de cuatrocientas sesenta y tres mil libras, que el enemigo dirigió sobre ella; en vano la plaza gastó ocho mil cuatrocientas ochenta y seis para defenderse. La ciudad ha caído en poder del invasor, y la fortuna cruel ha dado este nuevo y doloroso golpe á la desgraciada República mexicana.

En la capitulacion se convino que la guarnicion quedase prisionera, evacuando la plaza con todos los honores de la guerra, y entregando sus armas; que los oficiales mexicanos conservarian sus armas y efectos particulares; que la fuerza mexicana empeñase su palabra de no volver á servir hasta ser cangeada; que de la fuerza veterana dispondria el general mexicano como juzgase conveniente, y á la nacional se permitiria regresar á sus hogares; que el material de guerra y propiedades públicas del castillo, la plaza y sus dependencias, pertenecerian á los Estados-Unidos; y que se garantizaba una completa proteccion á los habitantes de la ciudad y sus propiedades, y una absoluta libertad en el culto y ceremonias religiosas.

La capitulacion que se acordó el 27 estaba ratificada el 28, y en la mañana se desampararon los puntos para prepararse al tristísimo acto que debia verificarse al siguiente dia. Veracruz era un campo de desolacion. Al entusiasmo guerrero, á esa noble abnegacion con que las mugeres mismas y los ancianos se habian resignado á todo género de padecimientos para salvar á la patria, habia sucedido una sensacion de horror respecto del enemigo. Hay en el pueblo de Veracruz cierto entusiasmo, cierta energía de pasiones, que lo caracterizan y que se manifestaba en este dia. Parte de la Guardia Nacional se habia disuelto, y nadie pensaba mas que en huir de la presencia abominable del vencedor. Los habitantes se felicitaban por haber escapado de un peligro tan inminente como el que acababa de pasar, y la ciudad triste y silenciosa, tenia un aspecto funerario.

Amaneciò el 29. A las ocho de la mañana la artillería saludó al pabellon nacional que se arriaba en Ulúa y en los baluartes de tierra; ¡últimos honores que una guarnicion tan desgraciada como valiente podia hacer á su bandera! A las diez, la tropa que habia estado en formacion desde las nueve en las calles que se dirigen á la Merced, marchó para el llano de los Cocos, en cuyo centro habia una bandera blanca y otra americana. La tropa, formada en columna, apoyaba allí su cabeza, quedando dentro de un cuadro que formaban ocho mil hombres con cuatro baterías. Fungian de intérpretes el teniente coronel D. Manuel Robles y su ayudante D. Joaquin Castillo, que tan valientemente se habian conducido en los dias del peligro. El general Worth, haciendo mil cortesanas á nuestros gefes, y rodea-

do de sus ayudantes, de gran uniforme, se presenta. La hora fatal suena. Los soldados, llorando, se despojan de sus fornituras, y al formar pabellones con sus fusiles, algunos los hacen pedazos para no entregarlos al enemigo. Un batallon americano marcha, estrechando los costados de nuestra tropa, y coloca centinelas con cinco pasos de intervalo, para cuidar las armas que se han dejado.

El sacrificio estaba consumado; pero los soldados de Veracruz recibian el homenaje debido al valor y á la desgracia; el respeto del vencedor. Ni una sola mirada que pudiera parecer insulto recibia nuestra tropa de los soldados enemigos, que mostraban la mayor circunspeccion. La columna recibe la órden de marchar por Medellin y no por Vergara, para evitar los insultos de los voluntarios que sus gefes mismos no pueden reprimir. Antes de marchar, desarmada ya la tropa y conservando sus espadas los oficiales, se da á reconocer como gefe de la columna al coronel D. José Francisco Lopez. En ese momento se enarbolaba en Ulúa y en los baluartes el pabellon enemigo, saludado por la marina y por nuestros propios cañones, escitando de nuevo el resentimiento, la desesperacion y la amargura de los soldados y aun de las mugeres.

En marcha ya por el camino de Medellin, hicieron su saludo las baterías del cuadro en donde se entregaron las armas, y los médanos, dice la relacion de un testigo presencial, los árboles y los techos de las casas, se pusieron azules con la gente vestida de ese color, que apareció sobre ellos gritando: ¡Hurra!!!